

El funámbulo

Paulette Jonguitud

EL FUNÁMBULO CAMINA SOBRE LA CUERDA FLOJA que ha tendido entre dos torres. Lleva el cuerpo en equilibrio gracias a sus brazos que extiende y mueve como quien saluda a la distancia. Las torres todavía en guerra, y en el espacio entre ellas, sobre el que cruza el funámbulo, vuela una urdimbre de dardos que a veces le rozan: él nunca es el blanco pero es quien lleva todas las heridas.

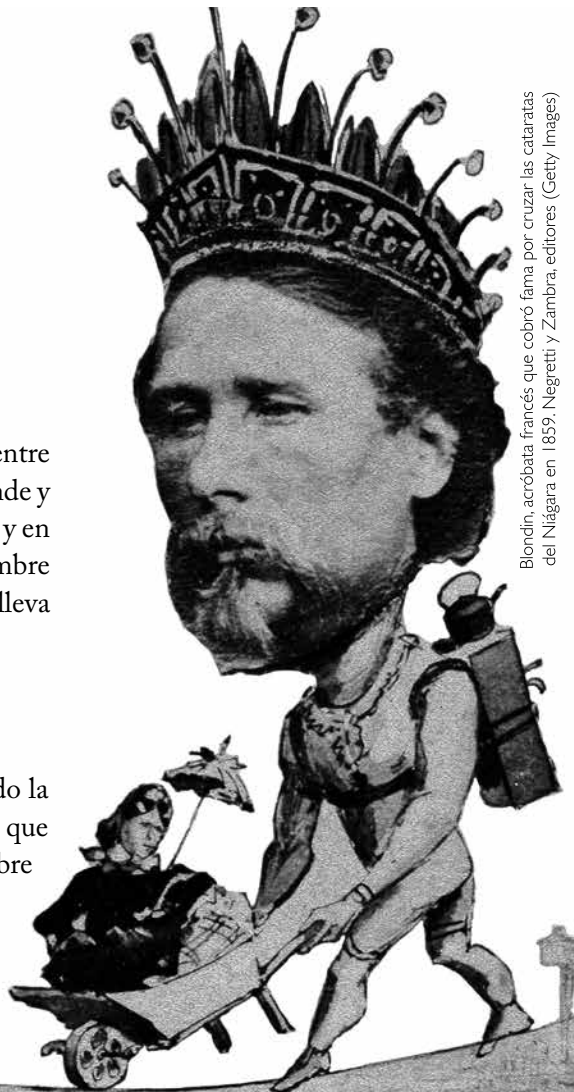
No corre para no caerse.

No se detiene para no ser abatido.

Se mueve en un ir y venir equilibrado.

No es que ignore la guerra que lo envuelve, ¿cómo podría cuando la tiene entre la nuca y la nariz? No es que ignore la guerra pero sabe que esa guerra no es la suya. La suya es mantenerse vivo y en equilibrio sobre el cable, ese cable que ha tejido con el cabello de sus muertos, que ha endurecido con una pasta de ceniza. Cada paso que da es una afirmación y una afrenta, y cuando libera a uno de sus pies del peso de su cuerpo para elevarlo y ponerlo frente al otro, esa vez es la primera y es la única que importa.

Le gusta pensar que depende sólo de sí mismo aunque a veces sabe que no es cierto, no niega que es posible que se caiga y a nadie en esas torres va a importarle su desplome. Su único propósito es mantener el equilibrio por encima del abismo que no es lo inimaginable: es lo ocurrido. Se mueve en la soledad del Prometeo encadenado pero al funámbulo




Blondin, acróbata francés que cobró fama por cruzar las cataratas del Niágara en 1859. Negretti y Zambra, editores (Getty Images)



los pájaros lo respetan y es sólo por accidente que algunos días le salpican con sus despojos.

Cuando el viento o la lluvia son muy fuertes el funámbulo debe detenerse: primero se inclina, una rodilla sobre el cable, luego cambia el equilibrio y pasa el peso hasta las nalgas, finalmente se acuesta sobre la espalda, una pierna trenzada al cable, la otra suelta como ancla. Está solo porque a nadie le interesa que avance o que se caiga. Pronto aprendió a estar tranquilo, a pesar de las amenazas que le gritan desde las torres, a pesar de los: ¡Ocúltate! ¡Quítate de en medio! ¡Será tu culpa si te matas! Camina para no ser un blanco fijo y sabe bien que dejarse llevar por el pánico es el modo más fácil de caerse.

No dirá que está ahí porque quiere pero tampoco quiere estar en otro lado porque no está enmascarado y no tiene maquillaje: lleva lo justo y lo justo son los brazos con que negocia el equilibrio. Tampoco es que los de las torres quieran obligarlo a caer, lo que ocurre es que está en medio y les dificulta el lanzar sus dardos pero él sólo piensa en el balance. No hay red que amortigüe su caída, eso lo supo desde que sus pies conocieron el cable. Bajo él se extiende lo ocurrido: los rostros y los restos de la guerra entre las torres y sabe que abajo hay también trozos de él, los retazos de sí mismo que se han ido con los dardos.

El funámbulo no está ahí por rebeldía, él quisiera poder bajar sin que un dardo le atravesara la cabeza. No es la altura lo que le aterriza. Es el valle que está lleno de caídos. A lo lejos yo observo el baile del funámbulo y sonrío y me equivoco y no recuerdo que soy yo quien camina sobre el cable tejido con el cabello de mis muertos. 

In memoriam

Casa del tiempo lamenta el sensible fallecimiento de **Don Ernesto de la Peña**, sabio escritor y amigo apasionado de las lenguas y del conocimiento. Fue miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, miembro correspondiente de la Real Academia Española y miembro honorario del Seminario de Cultura Mexicana. En 2012 recibió el xxvi Premio Internacional “Menéndez Pelayo”.